

## Mónica Lavín



Fotografía: Hiram del Prado. Cultura UNAM

(Ciudad de México, 1955) es **narradora, ensayista y periodista** cultural. Aunque es bióloga de formación, ha desarrollado una amplia y reconocida trayectoria literaria que la ha consolidado como una de las voces más destacadas de la narrativa mexicana contemporánea.

Es autora de varios libros de cuentos, entre ellos *Ruby Tuesday no ha muerto* —galardonado con el **Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen** (1996)— y *Uno no sabe*, finalista del **Premio Antonin Artaud** (2003). En el ámbito de la novela, destacan títulos como *Café cortado* (**Premio Narrativa de Colima** para obra publicada, 2001), *La más faulera*, *Despertar los apetitos*, *Hotel Limbo* y *Yo, la peor*, una recreación literaria de la vida de Sor Juana Inés de la Cruz, obra con la que obtuvo el **Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska** (2010). Ha sido reconocida también con el **Premio Governor General de Canadá** (2010), el **Premio Nacional Malinalli** para la Promoción de las Artes, los Derechos Humanos y la Diversidad Cultural (2011) y el **Premio Crónica 2025** en cultura. Su obra más reciente es *La inesperada amiga de Carlos* (Planeta Lector, 2020).



Voz Viva de México  
Cuentos nómadas  
VV 162

Contenido

1. Presentación. Ana García Bergua..... 3
2. El día y la noche..... 7
3. La corredora de Cuernavaca y el aficionado a Schubert..... 14
4. Allí está la casa de Dolores del Río..... 23

 [Escucha los audios](#)

Utiliza adecuada y respetuosamente las herramientas que te compartimos a continuación para desarrollar tu propuesta de ilustración para la portada de este título de **Voz Viva**.

Estos recursos te ofrecerán una comprensión más profunda de los aspectos clave de la obra de **Mónica Lavín**, proporcionándote elementos adicionales para enriquecer tu proceso creativo.

El prólogo, los audios en la voz de la autora, la edición del texto y sus características, son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Queda **prohibida la reproducción** total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

D.R. © UNAM 2025

Consulta otros recursos sobre [Mónica Lavín](#) en [Descarga Cultura.UNAM](#).



D.R. © UNAM 2025

## Presentación

Ana García Bergua

Como narradora, a la par de sus novelas, Mónica Lavín ha escrito varios libros de cuentos que revelan su maestría en el género. Nutridos en la tradición norteamericana del siglo XX, sus cuentos dejan el sabor del misterio en la boca del lector por todas las sugerencias presentes en su prosa, una prosa táctil, una prosa a mano, gracias a la cual podemos tocar y gustar lo que viven los personajes, la comida que les sirven, el olor perdido en una prenda de ropa o el frío del suelo en los pies y aun así sentir que hay algo siempre inexplicado. En ellos, las costumbres y sus pequeños rituales van tejiendo el hilo fino de las relaciones familiares y amorosas.

Las historias que narra suelen ser, de alguna manera, la representación de movimientos interiores, sentimientos a flote, dolores, deseos o nostalgias que salen a la luz. Mónica Lavín busca siempre otras formas de narrar lo inenarrable, lo que no tiene forma. Quizá de ahí surge el carácter hipnótico de sus cuentos; su voz narrativa tiene mucho de seducción. Mediante el fino tejido de su prosa va apareciendo, como la forma que se revela en un molde, aquello que pasa adentro de sus personajes, el sentimiento más allá de la descripción, el retrato el alma. Esto se debe a la mano de una narradora experta que no duda en buscar los deseos y las motivaciones para sugerir siempre toda la serie de implicaciones emocionales y psicológicas que hacen de nosotros, los seres humanos, abismos sin explicación fija.

Los tres cuentos elegidos para esta grabación de Voz Viva, cuentos nómadas, como los llama su autora, hilan tres etapas de la vida, especialmente la vida del cuerpo, la vida familiar y la vida amorosa. “El día y la noche”, perteneciente a *Uno no sabe*, es un cuento que en su manera de describir el ambiente recuerda un poco a “Estío” de Inés Arredondo, aunque la historia es muy distinta. El relato de



Mónica Lavín aborda el despertar de la adolescencia en un grupo de niños, primos entre sí, cuando vacacionan en familia en una casa con alberca en el pequeño pueblo de Acapatzingo, “un lunar entre las casas del pueblo de alrededor”; el paso del tiempo durante la niñez se narra con la morosidad de los días largos en los que niños y niñas forman una especie de coro de costumbres fijas —las niñas visitan a una vecina, van a la iglesia, los niños nadan, juegan—, hasta la llegada de la prima de trece años que los descoloca y les descubre el trasfondo verdadero de los juegos en la oscuridad. Así, cuando los niños reciben el aviso de la adolescencia próxima y deslumbrante, el del erotismo lleno de misterios y anhelos, las horas dejan de tener aquella separación tan clara, marcada por la cotidianidad y las costumbres. La noche se les revela con todas sus posibilidades y la vida deja de ser lo que era. La sutileza de este cuento y la claridad de la evocación forman un contraste que cala en el sentimiento del lector.

Por su parte, “La corredora de Cuemanco y el aficionado a Schubert”, perteneciente al libro del mismo nombre, aborda el tema de los encuentros fortuitos y las infinitas posibilidades del amor. En este cuento, Mónica Lavín desnuda a un narrador, al que le otorga un papel de Deus Ex Machina: ¿cómo empatar vías narrativas tan diversas como el gusto por la escucha de la música clásica y la libertad física del entrenamiento deportivo? Este relato es una meditación sobre el narrador y a la vez un interesante ejercicio de intromisión por parte de éste en la historia de dos personajes cuya unión es más que improbable: un hombre que asiste los domingos a los conciertos y una mujer que corre en Cuemanco. ¿Por qué habrían de unirse dos personajes tan lejanos sin forzar las cosas, dadas sus costumbres dominicales? ¿Quizá por esa detención del tiempo que sucede tanto en la entrega a un concierto como en el estado meditativo de la “flotación” del corredor, donde la respiración lo aísla de lo que sucede alrededor? También en el enamoramiento el tiempo parece detenerse. Hay también en “La corredora de Cuemanco...” un juego con el cliché cinematográfico en el que dos predestinados tropiezan de repente uno con el otro, o van a parar casualmente al mismo lugar, y



a la vez una defensa de la autonomía de los personajes, de su naturaleza a fin de cuentas viva y —quizá— voluntariosa. Aquí la autora juega con las posibilidades de cada situación y con las expectativas del lector, meditando sobre la naturaleza de la narrativa y el papel del narrador, y cómo estos se pueden equiparar también a las fuerzas que operan en el amor, en la elección de caminos en un contexto siempre complejo y hasta improbable. La apuesta la toma Mónica Lavín con gracia y finura en este cuento.

Finalmente, en “Ahí está la casa de Dolores del Río” aparece la vejez. Este cuento, perteneciente a *La casa chica*, donde la autora trabajó con mitos e historias personales de políticos y artistas del siglo XX, es quizá uno de los relatos del libro que se encuentran menos asidos a la anécdota histórica. Una casa abandonada en Acapulco frente a la playa de la Roqueta, que perteneció a la actriz Dolores del Río, luce su belleza de gran dama derruida y oxidada, junto a la casa vecina en la que vacacionan una madre muy mayor y sus tres hijas a petición de la dueña, una tía que les insistió en que la aprovecharan, atendidas por mayordomo y cocinera. “Como reinitas aceptamos la convivencia incierta de las tres hermanas durante quince días, al lado de mamá que oía mal, hablaba poco, pero sonreía mucho, como si con sus dientes expuestos a la claridad avisara de la felicidad que le producía esa vacación forzada.” Las hijas se tienen que turnar para cuidar a la madre que ya no entiende muy bien lo que está pasando, pero todas tratan de adaptarse a la situación y disfrutar del sol y el mar, la languidez del descanso, cuando pasa un crucero en el que con un altavoz se señala la vieja mansión de la diva. Las tres hermanas de este cuento, con sus nombres de novela —Fortunata, Fermina y Emma—, se alegran y juegan con la presencia de este barco, una especie de mensajero de las ilusiones perdidas y el esplendor soñado; el crucero es también la vida que pasa, la que ya le pasó a la madre anciana y la que aun tratan de atrapar, al hacerle señas al barco, las tres hijas con sus problemáticas. La oscuridad, como en *El día y la noche*, es también para ellas un factor de revelaciones, pero distintas,



pues el cuerpo ya está de regreso. El final enigmático de este cuento llama a la especulación y a la vez está lleno de resonancias.

Así, en este volumen, las tres hijas de “Aquí está la casa de Dolores del Río” podrían ser las preadolescentes de “El día y la noche”; una de ellas podría ser la corredora de Cuemanco, desde luego. La relación con el cuerpo y el placer, las sensaciones físicas, la osadía y el temor, todo lo que puebla la rica narrativa de Mónica Lavín con enorme mérito, se desarrolla hasta el final en estos tres cuentos seleccionados por ella misma. Al terminar de disfrutarlos en voz de la propia autora, quedaremos con la sensación de haber pasado un tiempo en nuestra propia penumbra, en el tiempo secreto de una narrativa envolvente y siempre llena de sugerencias.

Prohibida su  
reproducción

D.R. © UNAM 2025



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

D.R. © UNAM 2025

## El día y la noche

[\(🔊 audio\)](#)

Hubo un tiempo en que el día y la noche eran perfectamente distinguibles. Los días poseían la claridad de la alberca, la ferocidad del sol; la noche, lo impenetrable de la obsidiana. Los primos vacacionaban en la casa de Acapatzingo: un lunar entre las casas del pueblo alrededor. A la vera de la iglesia, entre los zapotales que despanzurraban sus frutos negros en el jardín, los días eran dorados como la cerveza que los padres bebían al lado de la alberca. Ellas jugaban a la escuelita con las niñas del pueblo que en la casa de enfrente habían dispuesto un chiquero vacío para hacer las veces de aula. Las niñas de la casa y las de la cuadra lo limpiaron e instalaron unas tablas para que las más chicas asistieran de alumnas, mientras las grandes daban explicaciones en el pizarrón traído de la ciudad de México. Relacionarse con las niñas que vivían en Acapatzingo, les provocaba un entusiasmo que sostenía los fines de semana y esas largas vacaciones escolares. Regresaban a la casa antes de comer para darse un chapuzón. Ellos las salpicaban y se burlaban: qué les pasaba teniendo una alberca para jugar que, si no era suficiente con ir a la escuela todos los días, qué tenían que ver ellas con las niñas pobres. A ellas les parecían bobos, insensibles. Los padres sólo advertían de cuando en cuando que no los mojaran mientras sostenían los tarros empañados y ensartaban dados de abulón con el palillo.

Ellos habían amarrado una liana al encino cuya rama se desplegaba por encima de la alberca con forma de riñón. Se subían al tronco, se colgaban de la reata y se mecían hasta tirarse justo en el centro. El más intrépido lo hacía con todo lucimiento. Tentaban a las niñas: les toca. Ellas se atrevían con torpeza. Luego se aventaban agua en la cara o jugaban a las guerritas. Las más grandes llevaban a las más chicas en hombros, lo mismo hacían ellos y forcejeaban hasta que uno de los gladiadores caía vencido sobre el agua. Se sofocaban y bebían agua de jamaica. Las mamás servían y ellas y ellos comían en la terraza aún con los trajes de baño mojados. Ellas aprovechaban para contar las cosas que ellos no podían ver por



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

D.R. © UNAM 2025

estar en la alberca azul cielo: En la casa de Marcela tienen una burra; hay un pozo para sacar el agua; la mamá hace tortillas a mano y nos convida; guardan alacranes en un frasco; hay un moño negro en la puerta que da a la casa porque se murió un hermanito cuando nació. Ellos fingían no interesarse. Acabando de comer buscaban el arco y la flecha para tirarle al plátano al fondo del jardín y disfrutar cómo se hundía la punta metálica en el fuste lechoso. Ellas querían tirar también porque el arco se tensaba muy bonito y chasqueaba en el aire cuando lo soltaban. Pero las campanas de la iglesia llamaban a llevar flores para la virgen. Ya se van las monjitas, decían ellos, porque ellas se apresuraban a vestirse, todavía con el cloro de la alberca en las pestañas y en la piel estirada por el sol y el agua. Marcela ya tocaba a la puerta: irían a la barranca a cortar flores frescas. Salían jubilosas con sus sandalias blancas o color miel, el pelo mojado recogido con una liga de color. Ellos esperarían un rato, aburridos en la terraza, hasta que les dieran permiso de volverse a tirar al agua; sentirían más grande el espacio ahora que las niñas andaban en misa. Qué ridículas, si sus padres nunca iban.

Ellas se sentían parte de aquel enjambre de mujeres de todas edades entrando a la iglesia oscura. Se figuraban que el ramillete que sostenían en sus manos las hacía buenas. Esperaban con avidez el momento de los cantos que ellas aún no habían aprendido, para acercarse al pie de la virgen y añadir sus flores a la montaña fragante. Cada una buscaba los ojos de la virgen y guardaba un sigilo reverencial. Entre ellas ni se miraban, como si se desconocieran, como si pertenecieran al rito, a la iglesia de su casa de fin de semana desde siempre.

Por la tarde regresaban cuidando de no despertar a los mayores de la siesta y con ellos —que no mostraban el gusto por su regreso— remataban lo que quedaba de la tarde en juegos de mesa o la mímica para adivinar películas. Así llegaba la noche con sus meriendas de platillos voladores. Entonces ellos proponían cruzar el atrio de la iglesia. Ellas querían ir para comprar algo en la tiendita que estaba justo al otro lado.



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

D.R. © UNAM 2025

—Se puede rodear la iglesia por afuera —proponía una.

—Eso no tiene chiste. ¿A poco les da miedo? —se burlaban ellos.

—Para nada —decían ellas y dejaban atrás el bossa nova que oían los padres después de pedir unas monedas para comprar galletas de malvavisco rosa.

Era preciso subir los escalones que daban acceso al atrio: un lote de tierra vacío donde habían visto a moros y cristianos simular una lucha y al enano Margarito —todo él pequeño como un niño— hablar con la voz tipluda. A oscuras parecía un cementerio flanqueado por la iglesia ocre iluminada de luna. Al final del atrio se distinguía el sauce, único árbol de aquel desierto. Junto a él — no se veían desde el extremo opuesto— estaban las escaleras que llevaban a la miscelánea. Ya habían cruzado el atrio de noche, pero no se acostumbraban, sus corazones bombeaban con velocidad, la boca se les secaba porque en nada se parecía esa negrura que podía ser territorio de la Llorona al momento del rosario o de la liana sólo unas horas atrás. Nadie quería ser el primero o el último. Los minutos de espera para que llegara alguien, o mientras se permanecía solo para reunirse con los demás eran insoportables. Se escuchaba el aire, algunos pasos que parecían venir de la calle y sobre todo el vaivén de los pulmones como sacos a punto de explotar. Los más pequeños no podían ser ni el primero ni el último, el resto sorteaba el orden con un volado.

Una vez al otro lado, habiendo soportado un tiempo eterno de zancadillas sobre la tierra seca e indescifrable, devenía un orgullo que se soltaba en risa nerviosa. Cada uno pensaba que era la última vez que lo haría. El regreso sería en corro y por afuera de la barda. Alguien propuso juntar el dinero y comprar una cajetilla de cigarros. Y unos chicles, agregaron, para disfrazar el olor. Cerillos, insistió el de la tiendita que no tenía ningún empacho en venderles a los escuincles. No querían observadores así que dieron la vuelta a la esquina de la barda para quedar fuera de la mira del tendero y el mayor encendió el primer cigarro. Dio varias chupadas hasta que en la oscuridad resplandeció la chispa roja de la punta y lo pasó



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

D.R. © UNAM 2025

a la prima mayor. Tosió un poco. Ella intentó dar una chupada y soltó el humo esponjoso. Pasó el cigarro que provocó tos y risa entre todos y deseos de que diera la vuelta completa para arremeter otra chupada. Encendieron otro cigarro pegándolo al extremo abrasivo del que se consumía, como habían visto hacerlo a sus padres. Y cuando los acabaron no sabían qué hacer con la cajetilla porque les pareció que había sido suficiente. Ya alguno estaba mareado y la boca sabía desagradable. Se repartieron los chicles de canela y caminaron despacio y callados hasta llegar a casa y terminar el día con algún programa en la televisión, todos tumbados sobre la cama del cuarto principal, entre quejas y carcajadas, hasta que el sueño los vencía.

El sábado que llegó la prima Elena con su madre a pasar el día en esas vacaciones de abril, ellos y ellas intentaron aferrarse a sus rutinas y sus horarios. Elena ya tenía trece años y se negó a jugar a la escuelita con las vecinas. Tampoco quiso tirarse de la liana en la alberca helada. Se quedó con su larga trenza rubia que le dividía la espalda en dos y su bikini azul marino, tumbada sobre los camastros. Ellas volvieron más pronto de las clases en la porqueriza y ellos dejaron de jugar a Tarzán para no salpicar su cuerpo acinturado. Comieron botana alrededor de Elena que sólo reclinó el camastro para incorporarse y estirar la mano hacia una jícama. Así tan cerca las piernas y los torsos, ellas y ellos observaron sus pantorrillas lisas. Elena se rasuraba. Las niñas quisieron quitarse la pelusa de las suyas de inmediato, los niños recostarse en aquellos muslos que comenzaban a broncearse.

Comieron haciendo menos escándalo y sin enseñarse la comida. Elena hablaba poco y se dejaba preguntar contestando con un poco de fastidio.

¿Y van a pasar aquí todas las vacaciones? —dijo de pronto.

Todos volvieron al plato de lentejas sintiendo los días por venir como una carga farragosa. Las campanas a lo lejos avivaron a las niñas. Invitaron a Elena. Ella dijo que sólo iba a misa los domingos y los chicos se quedaron contentos



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

10

D.R. © UNAM 2025

suponiendo que jugaría con ellos al arco y la flecha o con el rifle de diábolos, pero Elena se tumbó con una revista en la sala fresca; desde la terraza ellos la miraban de cuando en cuando sin acertar a alejarse de allí.

Ellas arrojaron las flores en el momento preciso, sintiendo cierta prisa por volver y menos devoción a los ojos santos de la figura de porcelana. Se preguntaron si Elena querría ir al atrio cuando oscureciera. Ellos ya se lo habían propuesto. Le gustó salir de casa, parecía más simpática ahora que el sol se había metido. A ellos y a ellas les emocionó que estuviera dispuesta a aventurarse a cruzar el atrio y que no pensara que eran bobadas.

— ¿No salen hombres? —les preguntó cuando se distribuían el orden en la penumbra.

Habían pensado en la Llorona y otras alimañas. Los hombres no cruzaban el atrio en las noches.

— ¿Ni los borrachos? —preguntó.

Lanzaron la moneda. A Elena le tocó ser la primera. El primo mayor le cambió el lugar. Ella sería la segunda. Lo miraron perplejos, nunca había tenido un detalle así. Cuando todos libraron la inhóspita dimensión del atrio, ya Elena tenía la cajetilla en sus manos y repartía un cigarro a cada uno. Ni siquiera se molestaron esta vez en quedar fuera de la mira del tendero. Fumaron allí bajo el sauce, retando con volutas de humo el negro vacío del atrio que habían dominado. Elena explicó que había que dar el golpe para fumar bien e hizo una demostración. Dio una chupada al cigarro y abrió la boca vacía para que imaginaran al humo dando vueltas en sus pulmones. Luego dibujó dos perfectas donas de humo que contemplaron asombrados. Los intentos los marearon, nadie pensó en los socorridos chicles de canela.



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

11

D.R. © UNAM 2025

Regresaron a casa ligeros, con Elena caminando al centro porque ella sí sabía fumar y no había tosido y caminaba derecha como si el humo que había hecho arabescos en sus pulmones no tuviera que ver con ella. Olvidaron la televisión y se fueron al cuarto de los niños —el de las literas que daba a la terraza— a jugar botella en el estrecho espacio entre las camas donde se habían sentado. Que si los besos y las cachetadas y luego pasarse el cerillo encendido para disparar preguntas indiscretas. Y luego ya no se les ocurría nada hasta que alguien apagó la luz, y el mayor encendió la linterna y pidió que las mujeres hicieran un show para los niños. Ellos se subieron en tropel casi cayéndose a esa cama alta. Y las niñas pensaron en un baile. El mayor enfocaba como en el teatro a cada una y Elena subía la pierna como si fuera el can can. Y luego cambiaron y ellos hicieron una pirámide, uno sobre otro, que se vino abajo cuando ellas les apuntaron con la linterna a los ojos. Entonces ellos pidieron que Elena hiciera un show sola y ellas también dijeron que sí y se subieron a la otra cama sin la linterna que se habían apropiado los niños. Elena se fue al rincón de la puerta para que ellos y ellas la miraran y entonces empezó a moverse como una mujer; las caderas para un lado y para el otro, la cintura dando vueltas. Y hacía como si se quitara los zapatos y las medias que no traía, y se volteaba de espaldas entre los silbidos de ellos y ellas que jugaban a ser los clientes de un cabaret. Y ella hizo como si se quitara un vestido y se desabotonara un brassier y lo aventó, pero siguió allí con su playera de rayas rojas y sus shorts color caqui. Hasta que el más grande se atrevió y dijo: súbete la blusa. Y todos asintieron con su silencio. Y él le alumbró el talle mientras Elena tomaba el extremo de la playera y lo subía lentamente mostrando el vientre y luego los pechos redondos y erguidos. No silbaron, ni aplaudieron. El primo apagó la linterna y fue bueno que tocara a la puerta la madre de Elena para avisar que se iban.

D.R. © UNAM 2025



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

12

D.R. © UNAM 2025

A la mañana siguiente se asolearon en los camastros y se metieron a la alberca. Ellas no atendieron los toquidos de la puerta cuando Marcela llamó a clases, ni ellas a la liana que colgaba inútil. Dejaron pasar de largo las campanadas de la iglesia y los pasos de las mujeres hacia el barranco por la cosecha de flores. El arco y la flecha no cimbraron el aire ni hirieron la planta. Se rieron menos y jugaron poco. Sólo esperaban que llegara la noche que ya se había confundido con el día.

# Texto protegido

# Prohibida su reproducción

D.R. © UNAM 2025



[Volver a la tabla de contenido](#)



D.R. © UNAM 2025

## La corredora de Cuernavaca y el aficionado a Schubert

Guillermo llegaba temprano para el concierto del domingo. La sala estaba cerrada y él perdía el tiempo en la fuente. Había comprado con antelación el abono de la temporada, así que ni siquiera tenía que formarse en la taquilla. Daba vueltas en la explanada y veía sin interés a los perros que bebían de la fuente y a sus dueños. Pensaba que a los dueños del perro y a él les producía una sana alegría estar en ese lugar. A ellos por el bienestar del perro, a él por el placer de la música. Hoy el programa incluía a Schubert, la Sinfonía inconclusa, también a Grieg y a Smetana. Pero él eligió estudiar a Schubert. Era el pretexto perfecto. A veces tenía que indagar sobre Paganini o Korsakoff, pero el programa de ese día le había dado la oportunidad de solazarse en uno de sus preferidos. A ratos se escabullía de la investigación sobre el modelo de movimiento de los líquidos para robar al ciberespacio alguna luz sobre el compositor o mejor aún sobre aquella pieza del programa. Le gustaba escudriñar el anecdotario que rodeaba a la pieza -cuándo fue tocada por primera vez, dónde, quiénes la han interpretado- además de datos biográficos del autor. Aunque sabía ya algo, su biblioteca e Internet le ayudaban, siempre buscaba más. La información que más le atraía tenía que ver con la construcción de la pieza. En esa esfera de lo abstracto, en esa búsqueda de la forma a través de compases, silencios y ritmo, las matemáticas y la partitura se tocaban.

Sandra corría los sábados y domingos. Sabía que no era suficiente si quería hacer un buen papel en el maratón, pero el trabajo en el banco no le permitía más. Entraba temprano y su arreglo le tomaba tiempo, por más eficaz que fuera el corte de pelo para acomodarlo con unos minutos de secador y aunque tuviera la ropa escogida desde la noche anterior. Por eso la llegada del fin de semana la celebraba con bombo y platillo. No se levantaba temprano como otros corredores. El viernes acababa muerta y el sábado por la noche era día de salir con las amigas, o con Juan, cuando su vida marital se lo permitía, o con su hermana. Pero no perdonaba



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

14

D.R. © UNAM 2025

correr al mediodía del sábado y del domingo. Se ponía la ropa deportiva, bebía un jugo y tomaba una cucharada de miel y salía de casa deseosa de estar ya frente al canal. Hacía sus ejercicios de calentamiento y miraba el reloj. Comenzaba caminando briosa y luego echaba a correr. Después de haber probado suerte en los viveros de Coyoacán, el bosque de Chapultepec, el de Tlalpan, pues la colonia del Valle le permitía acceder a cualquiera, Cuemanco le había resultado el sitio más grato. La cercanía del agua la refrescaba y le parecía estar en un paisaje que no era la ciudad de México (aunque en otro tiempo esa fuera su condición). El deslizarse de las canoas sobre el agua acompañaba su correr. La embelesaba el silencio de los remos que entraban el agua por una hendidura y salían chorreantes virando su horizontalidad a ritmos constantes.

Guillermo entró a la sala de conciertos, como siempre, en cuanto las puertas estuvieron abiertas. Buscó un asiento a grata distancia del escenario. Reconoció a quienes, como él, llegaban temprano y buscaban acomodo en la sala. Los mismos de cada domingo. La mayoría eran hombres. Allí estaba el de la boina: sesenta años, bigote cano. Llevaba un periódico doblado que exhibía un crucigrama. Una fila más atrás se había sentado el hombre gordo y calvo que inexplicablemente permanecía estático mirando al frente, aunque aún faltaran quince minutos para el comienzo. El joven de lentes llegaba con el pelo revuelto, como si se hubiera deslizado de la cama sin baño ni desayuno. Había uno de suéter y saco de tweed que le recordaba a su hermano, o tal vez a él mismo. Era de su edad. O de la de su hermano. Y parecía no perturbarle llegar temprano y que los demás advirtieran su condición de solo. Siempre sacaba una novela. Guillermo intentaba leer el título. Dudaba que fuera un lector apasionado, le parecía más una careta para esconder la espera y las miradas. Pensó que era bien parecido, y eso lo ruborizó, ¿cómo él? También pensó que un hombre de cuarenta y tantos años, de buen aspecto, no debía estar solo. Pero él lo estaba. Los ocho o diez hombres que llegaban temprano lo hacían sin compañía. Tal vez alguien los esperaba en casa. Guillermo se



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

15

D.R. © UNAM 2025

engañaba, la antelación con la que aguardaban el concierto hacía pensar que nada los retenía en casa, que el silencio los expulsaba hacia el edén musical.

Cuando Sandra llegaba a la parte de los caminos estrechos, al otro lado de las gradas sentía que su correr entre el paisaje era más íntimo, como si aquellos eucaliptos y la tranquilidad del agua quebrada por el graznido de las aves fueran un espectáculo sólo para ella. Aquella reunión de elementos: agua, aves, árboles y el ritmo de sus pasos le daban un gozo difícil de explicar. No lo podía compartir. Trataba de explicarlo a Juan cuando hacían el amor, pero no podía. Parecía cursi, parecía frágil.

Y sus piernas fuertes desmentían toda fragilidad. Tenía muslos de acero. Se lo había dicho su primo Carlos cuando se encamaron en casa de su tía muchos años atrás. Sandra se había empeñado en que no se le reblandecieran, en mantener su gallardía. Juan los recorría con sus manos grandes. El muchachito que apenas había entrado a trabajar en el banco los miraba cuando Sandra se preparaba un café. Ella le sonreía. Le gustaba la juventud de Mikel. Imaginaba sus piernas de roble. Y le daba por pensar en maneras de seducirlo: conducir la mano de él por sus piernas, allí en el estrecho espacio que olía a café y que no tenía ventanas, en aquel closet pequeño. Pero Mikel era sobrino del director y el director era cuñado de Juan y sus deseos no podían suscribirse a ese espacio cerrado. En Cuemanco la vía se abría, de ida y vuelta, a la anchura del canal.

Guillermo releía el programa antes de que comenzara el concierto. Alguna vez intentó traer un libro, como el del saco de tweed, pero no pudo concentrarse. Le gustaba mirar, disfrutar la anticipación del banquete musical. Como cuando era niño y su hermano le dijo que lo llevaría en el viejo MG. Como cuando lo admitieron en el grupo de rock después de escucharlo dar un palomazo en el que demostró que sí podía con el requinto. Como cuando esperó a Marta afuera de su casa horas enteras porque no le contestaba el teléfono y entonces le pudo decir que era bonita. Y Marta se conmovió. De algo servía esperar, Guillermo lo tenía claro, aunque



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

16

D.R. © UNAM 2025

Azucena no hubiera vuelto al departamento que compartían y hubiera llamado tres días después diciendo que iba por sus cosas. Ella escogió la hora en que sabía que daba clases. Pero Guillermo allí estaba, esperándola. La veía empacar, descolgar algún cuadro, hurgar entre los libros, nerviosa ante la mirada silenciosa de Guillermo, sentado en el sofá, impertinente. Ella sin atreverse a decir qué me ves, como músico en escenario. Todas las luces sobre ella. El primer violín se puso de pie, entró el director. El concierto comenzaría. La orquesta se acomodaba. Guillermo sintió una punzada de excitación.

Sandra aprendió que hay que sostener el ritmo, saber respirar y que pasado el tiempo se llega al estado de flotación del corredor. Se desentiende uno del pulso y de los músculos, se olvida uno de la pisada y sólo se escucha la propia respiración. Correr es asunto de oído. Quién lo hubiera dicho. Aquel entrenador que reclutó en el banco a aquellos que quisieran participar en el maratón corporativo, le explicó a Sandra que llegaría el momento que correría de oído. Aprendería a respirar. Si se respira bien los pies responden. Si se va más rápido la respiración se acomoda. Hay que encontrar el paso de cada cual. Toma tiempo. Es cosa de estar atento. Robles tenía una nariz gruesa y desagradable. Desnalgado y piernicorto, sabía convencer. Y Sandra se dejó preparar para un primer maratón de cinco kilómetros. Y le gustó. Y Robles quiso que entrenara todas las mañanas. Le vio madera de campeona. No puedo. Robles le vio los muslos y trató de contenerse, pero celebraban su cumpleaños con el grupo de corredores del banco y no pudo evitar rozar los muslos de Sandra sobre la falda. Sandra lo hubiera perdonado, pero Robles no volvió al banco.

Guillermo pensó que si hubiera tenido un hijo lo habría traído a los conciertos. Hubiera llegado más tarde, cuando las puertas estuvieran abiertas y la gente en fila. Porque el muchacho o la muchacha se haría el remolón para levantarse y porque habría que darle el desayuno. O pasar por él a casa de su madre, porque no se imaginaba una vida continua al lado de Martha ni de Azucena, ni de nadie. Ni de su



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

17

D.R. © UNAM 2025

hijo. Pero lo traería a los conciertos y le explicaría la colocación de los instrumentos y le adelantaría algo de lo que escucharían para que lo gozara más. Y el hijo haría cara de fastidio y él guardaría silencio intentando no estropear el placer de escuchar. A Guillermo le gustaba escuchar la música solo, como en su casa, con la luz apagada. No había manera de que Azucena se sentara a su lado y dejara tranquilas las manos y no quisiera leer tratados de psicología, que sólo escuchara. Ella no quería perder el tiempo. Azucena y su sexo rubio. La imagen fue repentina, lo distrajeron el director que había salido al escenario y los músicos que se habían puesto de pie y la música que estaba a punto de comenzar.

Es lógico que estas soledades geométricas, náufragas de la ciudad de México, se encuentren, si no para que iba el narrador de esta historia a presentar a uno y a otro, a intercalar sus quehaceres y develar la manera en que sobreviven el domingo. Anticipamos una historia de amor, como en aquellas películas donde vemos a A y luego vemos a B salir de casa y los vemos en un mismo vagón de metro o en el autobús y observamos que se dirigen una mirada y sospechamos que al día siguiente, pues A y B tienen una vida rutinaria como ha quedado demostrado en las primeras escenas de cada uno, se encontrarán y tal vez sonríen el uno al otro, o se rocen las manos en el tubo del cual se detienen, o se estorben en la puerta de salida. Y acaban tomando un café y acaban riendo en un bar, y acaban en la cama de un hotel antes de desandar sus pasos y volver a casa en el mismo vagón. Pero no es fácil juntar a Guillermo y a Sandra que no viajan en autobús o en metro, que trabajan en distintos puntos de la ciudad, que dedican sus domingos a espacios distintos. Olvidó el narrador contar que Sandra a veces corre con los audífonos puestos. No siempre pues le gusta el graznido de las aves y el golpe suave de los remos en el agua límpida del canal. Le sorprenden esos sonidos tan lejanos al Periférico que está a unos metros. Quiere asombrarse, pero a veces no basta y necesita la música para llegar al estado de flotación para no andar molesta con Juan y con ella por haberse metido con un casado, por desear a un jovencito y quererlo añadir a la lista de imposibles, por quejarse de no tener hijos a sus treinta y cinco



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

18

D.R. © UNAM 2025

años, por abominar de su madre que le reclama no haberse casado a tiempo. La música la calma, y no sabe mucho, pero a veces escucha Opus 94 y se fija en los nombres de las piezas. Oyó a un radioescucha decir que en Margolín venden una buena selección de piezas. Por eso va un sábado por la tarde, preparando la rutina del domingo. La discusión con Juan el viernes la tiene contrariada. Que la adora y la desea pero que no va a cambiar su vida. ¿Qué hay de nuevo?, una historia por ella harta conocida y predecible. Pero le gusta Juan, le gusta mucho encima de ella, le gustan mucho sus manos en el cuerpo y cuando pasa una semana y no lo tiene (aunque no espere tenerlo todos los días en la cama y el desayuno) siente que se abre un abismo. Y se siente inútil. Quiero algo de Schubert dice al dependiente. ¿Qué está buscando? Guillermo alcanza a escuchar la petición de la chica y la pregunta del dependiente. Alcanza a percibir el titubeo de la mujer que levanta los hombros. Entonces él se atreve: La inconclusa. El dependiente le extiende varios discos a Sandra. El segundo movimiento es espléndido. Sandra lo mira asombrado. Repara en el hombre del suéter azul pálido que no para de hablar. Guillermo piensa que sería ideal invitarla al concierto. Tiene una belleza discreta. La tocarán mañana en el programa de la sala Nezahualcóyotl; a las doce, le dice. Qué lástima, dice ella. Yo corro a esa hora. ¿Corres? ¿A dónde?, pregunta Guillermo. Ella se ríe. Doy vueltas en Cuernavaca, no voy a ningún lado. Oí el concierto en mi discman. No es lo mismo, dice Guillermo. Si cambias de idea, allí nos vemos. Esas no son maneras de seducir a nadie, de que una mujer se sienta halagada. Guillermo se siente preparatorio. ¿Tú no corres?, pregunta ella. Me muero, dice él.

El narrador es un tramposo, porque aparte de fabricar este encuentro demasiado casual, aunque es verdad que hay cosas que así suceden, cada quien tiene una en su haber por más inexplicable que resulte la coincidencia en un mismo espacio en el mismo instante, ahora hay dos posibilidades. O Guillermo se va a Cuernavaca a buscarla o ella aparece en el concierto del domingo a las doce. O peor aún. Esa mañana Guillermo llega al concierto con la antelación de siempre y las notas sobre Schubert en la bolsa del saco. Fuma un cigarro en la fuente y medita



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

19

D.R. © UNAM 2025

sobre el encuentro con la corredora de Cuemanco. ¿Y si aparece?, se pregunta. Pero sabe cuan remoto es que aquello suceda. Es un hombre de férrea rutina dominical y no la cambiaría más que por una emergencia. No preguntó por qué corre a las doce. Tal vez corra con alguien. Sería inútil ir a buscar. Cuando ella lo reconociera de lejos, si es que lo reconocía, aunque traía –un tanto a propósito- el mismo suéter azul cielo, sabría que la ha ido a buscar, que ha dejado el concierto por verla y no le quedaría más remedio insistirle que, aunque tarde, aún podrían llegar al concierto o correr al lado de ella con sus mocasines negros y con los audífonos que ella le prestaría. Sonríe. Los hombres que llegaron temprano se dirigen hacia las puertas que acaban de abrir.

Sandra dobla el cuerpo y extiende las manos hacia las puntas de los pies. Flexiona las rodillas, gira la cintura como si tomara algo que le queda lejos y sus pies estuvieran anclados a la tierra. Se pone los audífonos, va a empezar a correr. Se ajusta el discman a la pretina de los pants. Schubert. Camina briosa por la cinta asfaltada del canal. Se acomoda la visera, aunque sólo hay resolana ese día. Al levantarse admitió la posibilidad: y si voy al concierto. Pero el fantasma de Robles o mejor dicho el espíritu de flotación, la adicción a la carrera, no le permitieron dudar. Los primeros acordes la llevan a la sala de conciertos. Imagina al hombre del suéter azul sentado atento. Le pareció simpático y le gustó que supiera tanto de música. Se le antoja sentarse a su lado. Pero qué la hacía pensar que estaría solo. Un hombre agradable como él estaría acompañado, si no tal vez la hubiera invitado. Comienza el trote y va alargando la zancada hasta alcanzar otra velocidad. No escucha los graznidos. Mira las canoas dando puntadas al agua como agujas silenciosas; los hombres moviendo los remos al unísono, en una danza perfecta y sincrónica. Como el arco de los violines, subiendo y bajando, largo, corto. Deteniéndose. Guillermo atiende el lamento del violín, el brío de la mano raspando las cuerdas, siente el chirrido meterse hondo en su cuerpo como un graznido de aves.



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

20

D.R. © UNAM 2025

Se dirige a la puerta. Se sube al coche sin quitarse los audífonos y llega al Periférico. Mira el reloj. Toma la desviación al embarcadero. Busca donde estacionarse. Titubea buscando el acceso. Los violines rasgan el aire. El graznido quiebra el silencio. El narrador piensa seguir, como si no se adivinara ya en esta acción un final contundente. Pero la vida no lo es, no de la misma manera, porque Guillermo se sentará en el pasto entre canales y esperará media hora. Supone que es mucho más del tiempo necesario para que ella de vuelta a la pista de canotaje, para que vaya al baño, tome un jugo, regrese al redil. El reflejo incisivo del sol en el agua le dará en la cara, lo obligará a entrecerrar los ojos, a dejar de mirar a lo lejos. Se topará con el legajo de hojas en el bolsillo, los archivos sobre Schubert impresos para el concierto, para la espera mientras se llena la sala. La saca y los extiende, rasga una tira que corta el rostro de Schubert por la mitad e intenta leer: *el gran mus, tantes. Se presen... lausos. Volvió al ... lleza de su composición.* Observa a los lados que nadie lo mira y coloca ese trozo de hoja sobre el agua como una canoa de palabras. Schubert se humedece. Schubert la humedece. Sandra se conmueve y no sabe muy bien por qué. Es la música y su mirada que frenética lo busca entre el público, pero la música la somete y la hace olvidarse de su propósito. En el intermedio sale esperanzada. Mira a diestra y siniestra, pero el muchacho de suéter azul no está. Lo hubiera reconocido con toda facilidad. ¿Habría venido? El papel navega. Guillermo desiste. Schubert naufraga. Sandra entra a la sala de nuevo y siente el peso del discman en su cintura. Sandra se pone los audífonos.

El narrador insiste en que no se encuentren los futuros amantes. Parece empeñado en el destiempo, en que la felicidad no existe. Teme sumarse con su voz a los que vivieron felices para siempre, no les concede un beso, una caricia, mucho menos la cama, conoce los peligros de esas embarcaciones. Sudores rítmicos, adagios y alegros, desconcierto. Preguntarse ¿y ahora qué? ¿Corremos el domingo en Cuemanco o venimos al concierto?



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

21

D.R. © UNAM 2025

Pero Guillermo que se ha quedado extasiado con el movimiento de los líquidos a los que aplica fórmulas en su cubículo; en un arranque de arrogancia se pregunta ¿Y si fue al concierto? Toma el auto y deja a los graznidos perderse en el escenario acuático. Sandra no aplaude cuando termina el concierto porque se ha quedado adherida a la música de Schubert que sale de su cintura. Se une a los aplausos cuando reconoce el gesto colectivo. La gente pide el encore. Sandra ha dejado de buscar entre las butacas, le parece un gesto impulsivo y ridículo haber dejado el canal y la carrera para acabar, encima, oyendo un disco. Se quita los audífonos. Reconoce la melodía del encore. La tiene en el disco, es Schubert de nuevo: ella es el cello y la música la toma, jala sus cuerdas, sus piernas, la exprime. Se sienta arrobada. Guillermo la descubre cuando entra agitado a la sala. La visera que nunca se quitó la delata. Schubert acompaña su carrera hasta llegar al lado de ella. Se miran y sonríen, a pesar del narrador. Él le toma la mano.

Prohibida su  
reproducción

D.R. © UNAM 2025



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

D.R. © UNAM 2025

## Allí está la casa de Dolores del Río

 [audio](#)

Aquel enero las tres hermanas acompañamos a mamá a pasar sus últimas semanas en Acapulco. Su enfermedad era una clara advertencia a la premura por el viaje. Cada una nos las arreglamos para sustraernos del trabajo, de la familia y desgranar los días con su cadencia solar, que era precisamente la que enmarcaría nuestro tiempo compartido. Habíamos pedido la casa frente a la Roqueta a la tía Clara, a quien no veíamos en años, pues su esposo y primo de mi padre había muerto hacía mucho. A Fermina se le ocurrió aquello pues ya no eran para mamá días de playa y ajetreo, sino de quietud y vista, del bienestar que provoca el nivel del mar. Imaginamos la casa descuidada como las mansiones de esa colonia esplendorosa en los años cuarenta, pero la tía insistió gozosa de nuestra propuesta “pues se usaba muy poco ahora que sus hijos vivían fuera del país”, en que había suficientes habitaciones, todas con baño, y el servicio de cocina, mesero y mucama para atendernos a cuerpo de rey, “de reinas”, se corrigió.

Como reinitas aceptamos la convivencia incierta de las tres hermanas durante quince días, al lado de mamá que oía mal, hablaba poco, pero sonreía mucho, como si con sus dientes expuestos a la claridad avisara de la felicidad que le producía esa vacación forzada. Los días eran largos y lentos, cada una se levantaba a la hora que le placía menos la que por turnos estaba encargada de dormir con mamá, acompañarla a bañarse y a tomar el primer café del día a la hora que fuera. Por eso mamá tenía el cuarto de las dos camas grandes que, aunque precisaba del funicular para llegar a él, era el más cómodo, el más cercano a la alberca y el de la mejor vista. Todo en aquella casa era cuesta abajo. Se había construido, como las mansiones contiguas, en un peñón que curveaba frente al mar frente a la isla de la Roqueta que visitaban los turistas y que conocimos nosotros de niñas cuando el burro borracho era una atracción incómoda, con su sarape de colores y la cerveza que le empinaban en el hocico. No nos había hecho gracia, pero la virgen sumergida en el mar, que se avistaba desde el fondo transparente de



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

23

D.R. © UNAM 2025

la lancha que llevaba a la isla, era una revelación que nos daba para soñar y temer. Clavada en el fondo para que no flotara como un ahogado más, protegía a los pescadores, dijo el lanchero. No nos protegió a nosotras de los dientes del tiempo que nos han ido triturando hasta dejar una familia amenazada de muerte ahora que mamá cumplía 88 años.

Al llegar, las cuatro nos quedamos sin habla en la primera terraza antes de descender casa abajo cuando nos salió el mar de frente como si hubiéramos entrado a una postal que las fachadas de la calle escondían. Acomodadas en el carro asido a los rieles que bajaban por la cuesta empinada recorrimos los distintos niveles de habitaciones, sala comedor y alberca hasta llegar a la última donde colocamos a mamá y a Fortunata que en el sorteo había resultado la primera del rol de cuidados. En aquel descenso lento y hasta cierto punto temible era inevitable pensar en lo que ocurriría si los cables de acero del viejo funicular tronaban despeñándonos hasta incrustarnos en el azul acero del océano Pacífico. Llamaba la atención el contraste entre la casa cuidada de la tía Clara y la casa desvencijada de nuestro lado derecho. La jaula metálica, que nos protegía y transparentaba el paisaje, permitía espiar la alberca vacía, aquel sillar de mampostería cercenado, los barandales rematados con figuras de cisnes que rodeaban la terraza y la escalera que serpenteaba cerro abajo, entre la vegetación salvaje y los muros desteñidos de lo que fueron cuartos, estancias, comedor y, como después lo descubriríamos Fermi y yo, una alberca de mar justo donde terminaban las vías, con un orificio ahora estrangulado por piedras, donde debió entrar el agua salada para disfrutarla sin tener que exponerse al oleaje brusco que golpeaba las rocas del borde.

Aquel primer día entre el traslado en avión, el largo viaje del aeropuerto a la casa, el acomodo en las habitaciones y familiarizarnos con la manera de accionar el funicular, llamar a Silverio, conocer y acordar con la cocinera los menús próximos, reconocer las bondades del decorado blanco y azul de una casa fresca con una arquitectura audaz, no nos percatamos de la importancia de la casa contigua. Fue



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

24

D.R. © UNAM 2025

esa tarde la que marcó el resto de nuestras tardes, cuando aún en traje de baño y envueltas en nuestros pareos coloridos, ya sin los sombreros que nos protegieran de la voracidad del sol, con mamá presumiendo su blusón largo y anaranjado, nos dispusimos a observar la caída del sol desde la terraza de la alberca donde habíamos pasado el día. Vimos pasar numerosas lanchas que se encaminaban hacia el horizonte para tener el mejor lugar en la función, seguidas de un yate grande cuyo altavoz distorsionaba la placidez de la tarde. Supimos de nuestra privilegiada ubicación cuando la voz indicó que “Allí sobre la montaña está la casa de Dolores del Río...” La explicación se prolongaba enumerando las películas en las que había destacado aquella diva mexicana en le época de oro del cine nacional. Se lo explicamos a mamá muy cerca del oído bueno y con lentitud para que supiera porqué estábamos sorprendidas. De inmediato los cisnes labrados en los barandales, la vegetación voraz, las albercas derruidas se acicalaron para presumir su gloria pasada, se vistieron de largo vaporoso, palazos pijama, lentes oscuros, sandalias menudas con borlas rosadas, copas aflautadas con licores de color en las charolas sostenidas por manos enguantadas, las canciones de Agustín Lara y de Nat King Cole, el bosa nova de Joao Gilberto, un trío rasgando los corazones y acompañando las zambullidas nocturnas en la alberca robada al mar. Igual que los pasajeros de aquel barco rematado por un tendido de banderitas, miramos absortas el silencio de la casa deshabitada y luego el cielo teñido de naranja pasar a morado y apagarse en rosa. Habíamos colocado las sillas de alberca en la misma dirección que la proa del barco y solo giramos las cabezas cuando se instaló la noche y la algarabía del barco ahora iluminado nos espabiló. Venía de regreso y la casa de junto ya no era noticia. Cargados del ocaso y de las bebidas ocasionales, los pasajeros bailaban entre ellos. Nos dio envidia su diversión y su desentendimiento. Las siguientes tardes ocurría lo mismo antes del duchazo para quitarnos el sol del día y las cremas protectoras, y disponernos para la cena que Silverio servía en el comedor de cara a las luces de la bahía al otro lado del peñón. Por el día hablábamos de lo que fuera, sin guion previsto, con las revistas lustrosas sobre las piernas, intentando de cuando en cuando perdernos en nuestros libros. Fortunata



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

25

D.R. © UNAM 2025

tomando el sol sin medida, Fermina siempre bajo la sombra y cubierta, yo al resguardo del árbol que colaba el paso del sol y mamá entre sol y sombra, feliz de entrar al agua tibia de la alberca, sonriente entre las tres, desliendo sus más de ocho décadas en la dulzura fresca del agua. Entonces nos sorprendía con la fuerza de la voz y la memoria que la asistían como chisquetes de juventud para contarnos algo imprevisto. Por ejemplo, el sueño con aquel hombre que la abrazaba por la espalda y cuyo sexo abultado ella descubría perturbada. La veíamos atónitas pensando que el recuento pertenecía a sus años mozos. *¿Pero cuándo fue eso, mamá? Anoché*, contestaba. Nos reíamos deseosas de más, pero luego volvía al mutismo que la colocaba en su degradación física, en su caminar inseguro, en su tropezado respirar.

Para consolarnos del tiempo inclemente, de los cuidados que ya no nos prodigaba y de nuestro desajustado rol de madres de nuestra madre, rememorábamos los otros Acapulcos. Las niñas del Boca Chica, a las que nuestra madre vestía con los trajes de baño de una tienda en la cuesta de La Quebrada, las del pastel de chocolate del Mirador por las tardes, las de playa Hornos, las de las ostras frescas y repugnantes de La Condesa, las de las croquetas del Elcano, las que se quedaban esperando a los padres que con sus amigos habían ido al Whisky a gogo, las de los colchones del Revolcadero, las que se colaron al Acapulco Princess, las que estrenaron colocación de tampones, las adolescentes mendigando permiso para ir al Tiberios, y luego cada quien su vida, y cada cual volvió a Acapulco con sus propios maridos, novios, hijos. ¿Emma y Fermina, se acuerdan del bikini de mamá? Estaba en las fotos donde nos abrazaba, era verde y con el calzón alto y el brassier envarillado. Llevaba el pelo muy hecho porque nadada de ladito en la alberca para que el crepé no se aplastara. Mamá. Nos aterraba descubrirle las fallas, no sólo porque parecía lejana, sino porque eran un espejo probable de nuestro destino. Ella que devoraba libros y que nos había bautizado como personajes de novela a la Galdós, García Márquez y Flaubert. Ni mi padre se enteró de la procedencia de nuestros nombres; se dejó convencer de



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

26

D.R. © UNAM 2025

la belleza de su sonido, de la doble m de mi nombre, de la originalidad de cada uno. Nosotras la descubrimos en nuestras lecturas al paso del tiempo. Fortunata se sintió embellecida por la sensualidad desparpajada del personaje, Fermina objeto de amor imposible, y yo ensoñadora y temerosa de las consecuencias de llevar un nombre infiel. Los ojos de mamá habían desterrado los libros donde las letras en complot se encimaban y protestaban sin orden ni concierto. Por eso, ahora que la belleza se había trasladado al horizonte, esperábamos los atardeceres como novias la serenata en el balcón. La tercera tarde mamá pidió que le acercaran su bolsita de maquillaje y se pintó los labios. Fermina se recogió el pelo y se puso los aretes que se había quitado para nadar, Fortunata se acomodó una flor en la mata caoba, yo me amarré el pareo en el cuello a lo halter de aquellos años de playa tibia y amores furtivos. Y esperamos en nuestras sillas la aparición de las lanchas, como gaviotas que anuncian costa, para ver al barco emerger entre la isla y el risco en que vivíamos.

Mamá sonreía cuando el altavoz sangraba la antesala de la puesta del sol. La primera llamada de la función. Cuando el yate pasaba enfrente y oíamos *Allí era la casa de Dolores del Río* mirábamos de nuevo la mansión abandonada y con la imaginación de los pasajeros la cobijábamos del señorío perdido. Para el fin de semana, a las palabras del altavoz se le había sumado una graciosa coreografía donde las cuatro, porque mamá nos imitaba, abríamos los brazos como en una reverencia y señalábamos la casa contigua. Es cierto que, para el incendio del cielo, menos mamá que no podía beber, las tres ya estábamos borrachas y cuando el yate regresaba con su fiesta aceitada nosotras también bailábamos en la terraza, las unas con las otras, levantábamos a mamá de la silla y la meneábamos olvidadas de sus males y sus años.

D.R. © UNAM 2025

Los días que siguieron, ante la mención de Dolores del Río, gritábamos que allí había vivido como unas desaforadas, deseosas de ser parte del paisaje turístico. Tal vez de una mentira. *Esas que ven allí, convertidas en estatuas, eran comparsa*



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

27

D.R. © UNAM 2025

de las fiestas que daba la actriz en casa, lo mismo iba Rock Hudson que María Félix o Elizabeth Taylor, dijo Fermina que era profesora de literatura y recordando a las adolescentes frente a las ventanillas del tren en un cuento de Cortázar nos pidió que nos quedáramos inmóviles. A mamá le encantó la idea, y después de escuchar nuestra algarabía llamando la atención de los paseantes nos vio congelarnos en extrañas posturas y ella, aunque sentada, hizo lo mismo. La boca naranja y reluciente.

La penúltima tarde, Fortunata sugirió cambiar el orden de las cosas. Protestamos, nadie nos queríamos perder la puesta del sol por la cena. Aclaró que sólo pensaba que nos deberíamos bañar antes de la puesta, arreglarnos para estar a la altura de las fiestas que daba Dolores del Río y así engalanar la vista de los paseantes del Yate Fiesta. Mamá aceptó complacida y yo, que la tenía bajo mi cuidado aquella noche, me ocupé de su atuendo y su peinado, y de abrocharle la gargantilla de plata, y acercarle sus pulseras tintineantes. Tomamos el funicular un piso arriba donde mis hermanas nos esperaban y Silverio nos extendía las copas de espumoso que mamá no rechazó. Nos colocamos en las butacas de cara al horizonte donde la fila de lanchas y la proa del yate avanzaban hacia los estertores coloridos del sol muriente. Dijimos salud y olvidamos la foto que queríamos tomar, porque todos los minutos contaban. El barco terminaba su perorata sobre la isla de la Roqueta con la oportunidad para comer la pesca fresca y los paseantes viraban los ojos al costado derecho donde *Allí está la casa de Dolores del Río, gloria del cine nacional*, cuando nos lanzamos en histriónicos vítores, agitando nuestras manos en invitación. *Vengan*, decía mamá; *Aquí es la fiesta*, vociferaba Fermina; Fortunata se agrandaba el escote. Brindamos alzando nuestras copas al aire asalmonado y al pasmoso silencio del barco que detuvo su marcha y, para nuestra perplejidad, se enfiló hacia el peñón. Embutimos aquellos excesos en nuestros atuendos de gala. Mamá todavía dijo un tímido *salud* sin advertir lo que ocurría. Había un muelle que hacía mucho nadie usaba. El barco despreciaba los colores de la tarde y vestía su fuselaje de naranjas, de cara a nosotras. Cuando lo vimos



[Volver a la tabla de contenido](#)

**VOZ VIVA**

28

D.R. © UNAM 2025

pegarse al filo del risco, corrimos despavoridas hacia nuestros cuartos por las escaleras, porque el funicular ya iba pendiente abajo llamado por los recién llegados. Cada una pensando que la otra se había hecho cargo de mamá. Y la olvidamos.

Desperté con la luz tenue del amanecer sobre la cara, las cortinas se habían quedado abiertas y me miré con el vestido azul enredado en el cuerpo. Miré a mi lado sobresaltada. Mamá, con su blusón blanco de lino, las pulseras en sus muñecas y los labios de naranja corrido, dormía plácidamente.

Texto  
protegido

Prohibida su  
reproducción

D.R. © UNAM 2025



[Volver a la tabla de contenido](#)



D.R. © UNAM 2025